



EL AMOR ES SILENCIOSO

Siempre se ha dicho que el futuro de una sociedad está en los hijos. Seguramente, es la época de la vida que más se ha cuidado desde el principio por parte de los que ya tenían uso de razón, y facultades para ejercerlo, y por los mayores. Siempre han sido los "reyes de la casa" aunque no hayan tenido autoridad para decidir sobre lo que hacer. Los padres, desde su labor callada, porque parece que el amor siempre es parco en palabras que no en obras, daban hasta el último aliento de vida que tenían ya fuera en trabajo dentro de casa o ganando un jornal de sol a sol o quizá administrando las posesiones que, a su vez, a éstos les habían dejado sus progenitores. Quizá haya que releer la historia pasada desde otro punto de vista para encontrar los rastros de amor que en ella había.

Hoy seguimos en la línea. ¿Qué padre o madre puede decir con rotundidad que no quiere a sus hijos?. Quizá haya que hablar de debilidades humanas, a veces tremendas, pero no creo que el corazón humano pueda permanecer impasible ante el amor hacia la creación de uno mismo. Con mayor profundidad y esmero se educa hoy. Nos esforzamos en que los hijos no sufran con nada, tampoco por nada. Queremos verlos sanos de mente y cuerpo. "Que no carezcan de nada de lo que yo carecí" se decía hace pocos años. Todo para ellos. Y son ellos los protagonistas de esto que pretende ser un artículo.

Los hijos, los niños, por su capacidad para captar todo y absorber todo, son el más fiel espejo en el que se mira la sociedad. Creo que los acompaña un real avance en el modo de entender la vida desde la sinceridad, la generosidad, también la honradez cuando se dan cuenta de algo aunque luego sean débiles como los padres de antaño y también los de ahora, la amistad y una capacidad para relacionarse con otras personas y con el mundo que no tenían, ni quizá tampoco teníamos, otras veces. creo que son valores reales y que debemos tener en cuenta. Ya en el mundo griego los "mayores" se quejaban de que los jóvenes eran distintos a ellos y que su generación no podía traer nada bueno. Seguramente es el pecado de la madurez: el creerse mejor que los jóvenes que aún no han llegado y de los viejos que ya pasaron.

Junto a ello, también es nuestro deber no con-

formamos con lo que hay y tender siempre hacia la mejora de la situación que vivimos. De entre todo lo que quisiera decir quizá yo resaltaría más lo que sigue. Se puede estar en la mentira y ser sincero dentro de ella. Un ejemplo iluminador. Hoy todos los chicos van vestidos con ropa de marca famosa y cara, sobre todo la deportiva. Mantenía una conversación en este tono. Los futbolistas son buenos porque entran y tienen las condiciones adecuadas para hacerlo. Y es evidente que uno que se pone dentro del campo y no se mueve o no aguanta los 90 minutos no demuestra lo que sabe hacer. Para jugar es necesario entrenar. Hasta aquí imagino que todos estaríamos de acuerdo. Hoy muchos, como siempre todos cuando éramos niños, quieren ser futbolistas porque nos gusta ese deporte y porque casi todos hemos jugado a él de pequeños. Sin embargo, no todos "valemos" para ser futbolistas. No porque no hayamos tenido oportunidades o quizá porque hayamos decidido no dedicarnos a ello. No lo somos, la mayoría, porque no hayamos tenido oportunidades o quizá porque hayamos decidido no dedicarnos a ello. No lo somos, la mayoría, porque "no era lo nuestro". Sin embargo, hoy quizá se piensa que con entrenamiento, con esfuerzo y con el atuendo adecuado, seríamos capaces de tener las genialidades dentro del campo como cualquiera de los futbolistas famosos. Los niños, al menos los que yo conozco así lo creen. No caen en la cuenta de que para ser un genio y acariciar el balón, es necesario que el "dedo de Dios" te toque y te conceda ese don como par cualquier otra cosa en esta vida. Es el sueño de la mentira. Se está convencido de que los goles no los mete el talento sino las botas con la misma marca que calza "fulanito" o "zutanito". Es verdad que se lo creen pero es mentira lo que creen.

Lo más típico en otras épocas era pensar que el dinero, tener una casa, con todo tipo de comodidades, tener poder de decisión sobre otros o cosas por el estilo daban la felicidad. Hoy se es más sutil y, por eso, el fracaso será más inesperado y también más doloroso. La educación es un arma que tenemos en nuestras manos y que, aunque no debe ser cruel ni tampoco adelantada, sí que no debe basarse en la mentira creando algo que no existe. Educar y educarse debe servir para adquirir conocimientos pero, también, para hacer personas que viven en un mundo que es el suyo. Un mundo en el que no sirven atajos porque al final cada uno queda en su sitio y no consiste en dar de todo sino lo necesario.

Miguel Angel Jiménez Salinas